

ANTECEDENTES DE LA BATALLA NAVAL DE LEPANTO (1571)

La pugna entre cristianos y turcos por el dominio
del mar Mediterráneo

Cristóbal COLÓN DE CARVAJAL Y GOROSÁBEL



Almirante de las Indias y duque de Veragua

La expansión del Imperio otomano desde 1453



L 29 de mayo de 1453, tras un largo asedio, Constantinopla cayó en manos de Mehmet II. Era el cuarto cerco que sufría por los ejércitos turcos, pues ya había resistido los de 1391, 1396 y 1422. Con ello, la toma de la antigua capital del Imperio romano de Oriente, que había recaído en Arcadio tras el reparto llevado a cabo por el emperador Teodosio en el año 395, marcaba el final de una época.

Crecidos por la victoria y apoyados por la fortaleza de sus ejércitos llamados a la Guerra Santa, los turcos emprendieron una expansión que les llevó a ocupar vastos territorios, que actualmente pertenecen a los países balcánicos (Serbia, Bosnia, Albania) y a Grecia y Rusia. Pero sus avances no acabaron aquí, sino que en 1521 tomaron Belgrado y en 1526 cayó Budapest. Después, en su avance, en septiembre de 1529 pusieron cerco a Viena, que resistió gracias a la ayuda de tropas de élite enviadas por Carlos I de España en apoyo de su hermano Fernando de Habsburgo y a que las incesantes lluvias impidieron el uso eficaz de la artillería contra las murallas de la ciudad. El 15 de octubre las tropas de Solimán II, el nuevo sultán, se tuvieron que retirar. Al mismo tiempo, los avances turcos por las orillas del Mediterráneo marchaban a gran velocidad. En 1517 se hicieron con Egipto y para su expansión hacia el oeste buscaron la alianza de los reinos norteafricanos de Trípoli (Libia), Túnez y Argel.

Las acciones de los piratas berberiscos asfixiaron casi por completo la navegación comercial en el Mediterráneo occidental, al tiempo que hacían incursiones

en el litoral de las costas andaluza, balear y del Reino de Nápoles —perteneciente a la Corona de España y que incluía Cerdeña y Sicilia—, y fueron un motivo de preocupación para Carlos I que justificaría que se emprendieran sucesivas acciones bélicas contra las principales plazas fuertes para evitar que sirvieran de apoyo a la piratería. Pero no se podría dedicar con toda la energía deseable, pues sus compromisos en Europa demandaban allí el mayor esfuerzo bélico. En el extremo oriental, los turcos acometían incursiones contra las costas de Grecia, los países balcánicos y las islas del mar Egeo, las principales de ellas bajo el poder de Venecia.

Las actuaciones de los hermanos Haradín

Los hermanos Keir-Eddin (Barbarroja) (1475-1546) y Horuk, nacidos en la isla de Lesbos de madre cristiana —renegados por ello—, se iniciaron como comerciantes, pero pronto se dedicaron a la piratería, una actividad más lucrativa, convirtiéndose en una pesadilla para los pueblos costeros del sur de Europa, a los que atacaban para tomar botín y cautivos a los que esclavizar o pedir su rescate. Sus actuaciones ofrecen una clara idea de la situación creada para los reinos cristianos mediterráneos.

En los años que siguieron a la caída del Reino de Granada en 1492, muchos de sus habitantes musulmanes pasaron a la cercana costa africana, en especial a Orán y Argel. Una parte de ellos se dedicó a la piratería contra España, la nación que había ocupado su reino. Entre 1504 y 1506, Keir-Eddin coordinó el transporte de miles de moriscos a esta plaza con una flota de 36 barcos. Unos años después, en 1518, conquistó Tremecén y Bona. Gracias a ello, su hermano Horuk fue proclamado bey de Argel. No sería por mucho tiempo, pues los españoles se apoderaron de Orán, Tremecén y Argel en 1519 y mataron a Horuk, lo que causaría en Keir-Eddin un odio irreconciliable contra ellos y haría que, a partir de entonces, prestara sus servicios a Solimán II el Magnífico.

Contando con los recursos en naves y hombres proporcionados por el sultán otomano, en 1521 Keir-Eddin atacó Baleares y en 1531 tomó Trípoli (Libia), defendida por los Caballeros de San Juan. Entre 1523 y 1530 realizó numerosas incursiones costeras: Crotone (Grecia), Mesina, Toscana, Campania, Andalucía, Baleares y Marsella. En 1532 siguió con sus ataques a Cerdeña, Bonifacio, Montecristo, Elba y Lampedusa. En Mesina capturó 19 galeras y en Préveza derrotó a Doria y le tomó otras siete. En 1534, ya nombrado almirante por Solimán, partió de Estambul con 80 galeras y arrasó las costas del sur de Grecia e Italia, Calabria, Sicilia, Cerdeña y Nápoles. Seguidamente tomó Túnez, derrocando a Muley Hassan, vasallo de España. Al año siguiente la plaza le sería arrebatada por un ejército de 24.000 hombres enviado por España, junto a Bona y Mahdia. Keir-Eddin huyó antes de su llegada y, en venganza, se dedicó a atacar el litoral del levante español y los puertos de Baleares, desbarató un

ataque español a Tremecén y tomó la isla italiana de Capri. Sus ofensivas a las costas de los Estados cristianos —salvo Francia— continuaron hasta su muerte en 1546.

España y la política europea en el siglo XVI

En 1516 Carlos I es nombrado rey de España y tres años más tarde fue elegido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (rey de romanos). El nuevo monarca hereda la pugna con Francisco I de Francia —que será su principal enemigo— por los territorios italianos; pero lo que estaba en liza era la hegemonía sobre Europa occidental. La guerra entre ambos será una constante durante los reinados de Carlos I y Felipe II, apenas interrumpida por cortas treguas.

En 1517 surge un hecho religioso —la protesta de Martín Lutero contra la venta de indulgencias concedidas por León X para construir la basílica de San Pedro— que tendrá una repercusión política impensable. A ello siguió una escalada en la polémica del monje alemán con la Santa Sede, lo que derivó en su excomunión en 1521. Lo que hubiera podido quedar como un conflicto religioso interno saltó a la política cuando Carlos I declaró su fidelidad a Roma y se erigió en defensor de la unidad religiosa con la fuerza de las armas. Mientras tanto, los príncipes alemanes se alinearon con la Reforma de Lutero pues, aparte del hecho religioso, el monje publicó un escrito apoyándoles en su lucha para el sometimiento de los campesinos. La Dieta de Augsburgo de 1530, último intento para volver a la unidad, confirmó la ruptura entre católicos y protestantes, lo cual sería un motivo más que avivaría el conflicto político y bélico en Alemania y Flandes. Años después, el archiduque Fernando de Austria, más pragmático que su hermano Carlos I, firmaría el decreto de paz en Augsburgo en 1555, declarando la libertad religiosa para los



El emperador Carlos V retratado por Tiziano.
(Imagen facilitada por el autor)

príncipes alemanes, lo que le valió el apoyo de estos en su lucha contra los turcos en sus territorios de Austria, Hungría y Bohemia. Pero la actuación reformista de Lutero aún tendría mayor proyección, ya que la desunión del mundo cristiano se producía en el momento en que Europa oriental estaba amenazada por los otomanos. Si ellos se habían unido en una Guerra Santa contra los cristianos, ahora estos se hallaban divididos porque Lutero había destruido la posibilidad de una unión como la que siglos atrás habían inspirado las cruzadas.

En un principio, Carlos I contaba con la alianza de Enrique VIII de Inglaterra en su pugna con Francisco I de Francia, y buscando su continuidad concertó el matrimonio de su hijo Felipe con María Tudor. Sin embargo, la oposición del papa al pretendido divorcio del monarca inglés sería la causa de que este abrazara la religión protestante. Pero la rotura definitiva de Inglaterra con España se produjo cuando en 1558, muerta María Tudor, esposa de Felipe II, recayó la corona en Isabel I. Su adopción del protestantismo como religión oficial y que se erigiera en líder espiritual de la llamada iglesia anglicana generaron un importante conflicto interno con los católicos ingleses, cuya causa defendió Felipe II, quien había accedido al trono en 1556 por abdicación de su padre. En represalia, Isabel I pasó a ayudar a los insurrectos de los Países Bajos en contra de España, al tiempo que promovía las incursiones piráticas a buques españoles, y corsarios como Drake atacaban ciudades españolas —Vigo, Santo Domingo o Cartagena de Indias—, lo que con el tiempo sería la causa del envío de la Gran Armada para invadir Inglaterra (1588).

El papa, como gobernante de los Estados Pontificios, con territorios en el centro de la península italiana, también figuró en ocasiones en la lista de enemigos del monarca español al aliarse con el rey francés. Esta postura del pontífice contra los intereses de Carlos I motivará el ataque a sus Estados y al saqueo de Roma de 1527, ya con Clemente VII. Años después, en 1556, la situación vuelve a repetirse cuando Pablo IV se alía con Enrique II de Francia y los turcos contra Felipe II, lo que obligó a la invasión de los Estados Pontificios por los tercios españoles del duque de Alba.

Las continuas guerras sostenidas por ambos monarcas españoles en Europa contra tan numerosos enemigos consumían ingentes recursos humanos y económicos. Ello explica las cuatro bancarrotas sufridas por la hacienda real en tiempos de Carlos I y las dos de Felipe II, que fueron la causa de que España no pudiera afrontar como se debía el peligro de los piratas berberiscos.

Carlos I contra los piratas berberiscos, aliados de los turcos. Ataques costeros, batallas navales y operaciones de desembarco en la costa norteafricana

Los piratas berberiscos, asentados en la costa norteafricana, asolaban el litoral meridional y levantino de la Península, así como las Baleares. En sus



Operaciones de España en el norte de África y puntos de conflicto con los turcos y sus aliados.
(Imagen facilitada por el autor)

incursiones, cada vez más frecuentes, saqueaban las propiedades y se llevaban cautivos a hombres, mujeres y niños. A consecuencia de ello, sus habitantes abandonaron las franjas costeras y se concentraron en el interior, mientras se levantaban torres de vigilancia costeras para que dieran aviso del acercamiento de las naves enemigas.

Aprovechando las escasas treguas entre las guerras de Europa, España llevó a cabo ataques a las principales bases de los piratas. Tras hacerse con Melilla en 1496, operación llevada a cabo por huestes del duque de Medina Sidonia, la ocupación de los puertos utilizados por estos continuó hacia el este por medio de desembarcos de tropas —muchas veces auténticos ejércitos dotados de artillería y caballería—, transportadas en naves de carga y protegidas por galeras de combate. Consecutivamente fueron cayendo en manos españolas Orán (1509), Tremecén, Argel y Bugía en 1510, y Bona, Bizerta y finalmente Túnez en 1535.

Algunas de estas campañas exigieron grandes operaciones anfibas, como la de Túnez de 1535, en la que participó el propio Carlos I y exigió el despliegue de grandes medios navales, tropas y suministros. La plaza, que había caído en manos de Keir-Eddin el año anterior, tenía un alto valor estratégico, pues dominaba el paso entre Sicilia y África en el centro del Mediterráneo y podía servir de base a los turcos para el asalto de Sicilia y Nápoles. Después de concentrar naves (74 galeras y fustas junto a 300 más de transporte) y tropas (27.000 infantes y 2.000 jinetes pertenecientes a España, Estados Pontificios, Génova, Portugal y Caballeros de San Juan) en Barcelona durante el mes de mayo, partieron hacia el sur. El desembarco se produjo cerca de Bizerta. El 14 de julio de 1535 cayó el fuerte de La Goleta, que defendía el puerto de Túnez. Los españoles

capturaron 300 cañones fabricados en Francia y 40 naves surtas en el puerto. Una semana después, se rindió la ciudad y fueron ocupados los puertos de Bona y Bizerta, situados al noroeste. La operación causó numerosas bajas entre los musulmanes. Estas sumaron más de 25.000 —pues la crueldad con los prisioneros era común en ambos bandos—, se les destruyeron 70 naves y fueron liberados 9.000 cristianos prisioneros. Una vez repuesto en el trono el bey Muley Hassan, vasallo de España, el 17 de agosto los barcos retornaron a sus bases.

Sin embargo, no todo fueron triunfos, sino que abundaron los fracasos, como el ocurrido en la frustrada toma de Argel de 1541, a la que también asistió Carlos I. Partiendo de Mallorca y Menorca, la flota cristiana (España, Génova, Venecia, Estados Pontificios y Orden de San Juan), compuesta de 65 galeras y 300 naves de diversos tipos, arribó a la costa argelina, y el 21 de octubre se inició el desembarco que interrumpió el mal tiempo. Los hombres desembarcados se vieron impedidos por el barro para avanzar contra la ciudad de Argel. El temporal de los días 24 y 25 sorprendió a los barcos frente a la costa, hundiendo 150 naves con víveres, municiones y caballos. Mientras hacían frente a los ataques enemigos, se produjo el reembarque en los barcos restantes, teniendo que desalojar a los caballos para salvar a los hombres. Antes de partir, Andrea Doria había recomendado cancelar la operación por aproximarse la temporada de tormentas, lo que efectivamente ocurrió. Las tempestades se prolongaron durante un mes y los cristianos se tuvieron que retirar con graves pérdidas de hombres, naves y material.

Es preciso decir que no siempre les resultaba posible a los almirantes de las flotas convencer al mando supremo —que podía ser un prestigioso general o incluso el propio monarca— de que la meteorología era un aspecto fundamental a considerar en unas operaciones que implicaban el desembarco de numerosas tropas, con su artillería, caballería y suministros. Quien haya navegado en el Mediterráneo sabe que las tormentas pueden aparecer en cualquier momento a partir de la segunda quincena de septiembre y que los temporales del otoño pueden ser muy duros y difíciles de pronosticar. Por eso, no es de extrañar que muchos de los fracasos en los ataques a plazas norteafricanas por flotas cristianas acabaran en desastre ante una situación meteorológica adversa por haber elegido una fecha inapropiada.

En otras ocasiones, una misma plaza fue ocupada alternativamente por cristianos y musulmanes, con grandes pérdidas de hombres. Un ejemplo de ello fue la isla de Djerba o Los Gelves, situada frente a la costa a medio camino entre Túnez y Trípoli. El primer intento por tomarla aconteció en 1510. El 29 de agosto, desembarcaron 15.000 hombres bajo el mando de García Álvarez de Toledo. Al no contar con animales para el transporte de artillería y no encontrar pozos de agua con los que calmar la sed de sus hombres por el asfixiante calor del verano, se tuvieron que retirar en medio del ataque enemigo, lo que resultó un desastre en el que solo sobrevivieron 8.000 personas. La siguiente

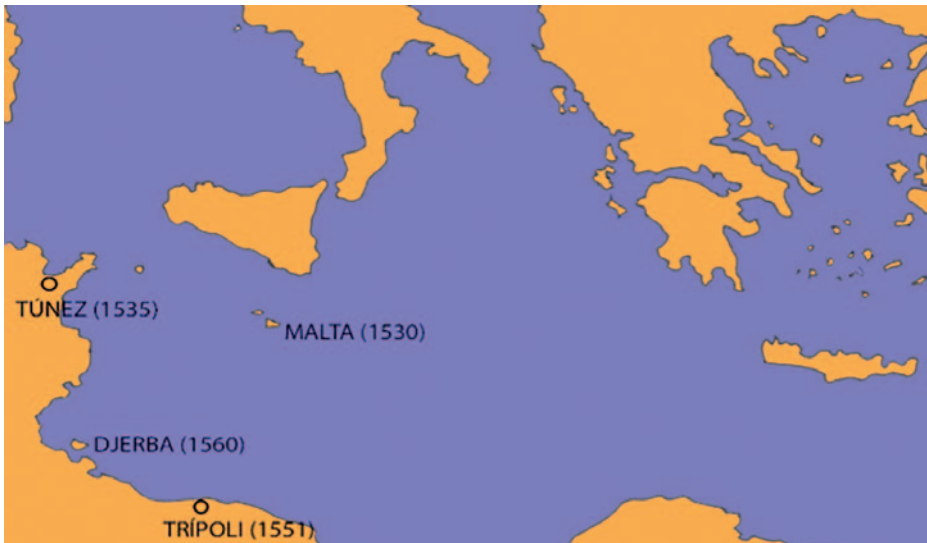
operación fue en 1520 bajo el mando de Hugo de Moncada, que se vio favorecido por el éxito. Se apoderó de la plaza e impuso el vasallaje a España. Así permaneció hasta el año 1549, cuando el corsario Turgut Reis (Dragut), bey de Argel, la tomó para los turcos. En febrero de 1560, una flota bajo el mando de Juan Andrea Doria, almirante de Felipe II, con 54 galeras y 66 naves de transporte, en una expedición que inicialmente estaba dirigida contra Trípoli, desembarcó una fuerza de 14.000 hombres y recuperó la posesión de la isla. Pero sería por poco tiempo, pues en el mes de mayo siguiente arribó la flota de 86 galeras de Pialí Bajá y Turgut Reis, que sorprendió a la cristiana en el fondeadero, hundándole la mitad de las naves y ocupando la isla a continuación.

La Liga Santa de 1538 y la batalla naval de Préveza

Si nos asomamos a un mapa del Mediterráneo, distinguiremos en él dos zonas marítimas separadas por el estrechamiento formado entre Túnez y Sicilia. La zona occidental era la de interés de España, mientras que la oriental formaba el área que anhelaba Venecia. Ocupando una posición estratégica privilegiada estaba Túnez, que fue destino de duras batallas entre cristianos y musulmanes. Como base de operaciones situada en una posición central dominando dicho estrechamiento se hallaba Malta. Tras la expulsión de Rodas en 1522 de los Caballeros de San Juan de Jerusalén por la caída de la isla en manos de los otomanos, Carlos I les concedió en 1530 Malta —en posesión de la Corona de Aragón desde 1282— para que pudieran establecerse. La única condición que exigió fue el tributo anual de un halcón maltés... Una bella leyenda para la historia.

Ante la presión cada vez más asfixiante de las naves otomanas y de sus aliados en aguas mediterráneas, parecía que la única opción era constituir una alianza de las armas cristianas. Sin embargo, esto no resultaba tan fácil a la vista de la gran diferencia de intereses de cada Estado. Venecia vivía del comercio con las islas del Egeo, Grecia y Egipto en la parte oriental del Mediterráneo y se manejaba por medio de tratados de paz con los turcos con el pago de periódicos tributos. En el lado occidental, la principal inquietud de España eran las incursiones de la piratería berberisca y sus posibilidades de coordinar una revuelta con los moriscos de la Península. En el corazón de Europa, el Imperio austro-húngaro de los Habsburgo bastante tenía con resistir los ataques terrestres de los turcos. Francia —el principal enemigo de España— aprovechaba cualquier ocasión para debilitar a su rival, por lo que firmó alianza con los turcos, otorgando a su flota el uso de la base de Tolón, en la costa sur de Francia, en contra de España. Inglaterra mantendría una política cambiante con España. Si Enrique VIII apoyó a Carlos I contra Francia, una vez fallecida María Tudor —esposa de Felipe II, matrimonio por el cual se hubiera podido continuar la alianza—, con la llegada al trono de Isabel I, esta se constituyó en enemiga del monarca español.

El primer intento de formar una alianza cristiana tuvo lugar en febrero de 1538, cuando el papa Pablo III, Venecia y España se reunieron en Roma para suscribir una alianza contra los turcos bajo el nombre de Santa Liga. Pese a los intentos del pontífice, Francisco I de Francia renunció a unirse a ella, aunque finalmente suscribió en Niza un acuerdo de tregua con Carlos I por el que renunciaba a apoyar a los turcos en caso de guerra. Los tres partícipes — España, Venecia y el papado— acordaron aportar 200 galeras, además de otras naves para transporte, que quedarían bajo el mando del genovés Andrea Doria, almirante al servicio de España. Nunca alcanzarían tal cifra efectiva, pero el 22 de septiembre Doria consiguió reunir en la isla de Corfú una poderosa flota de 132 galeras, 72 naves gruesas de combate (a vela), 250 de transporte y 16.000 soldados para desembarcos. Allí mismo recibió noticia de la presencia de la flota turca bajo el mando de Keir-Eddin (Barbarroja) en Cefalonia, situada un poco al sur, y que unos días después se desplazó a la bahía de Arta con sus 85 galeras, 30 galeotas y 35 fustas (1). Sabiéndose más fuerte, gracias a las naves de alto bordo artilladas, pues en cuanto a la fuerza de galeras ambas estaban más igualadas, Andrea Doria fue en su busca. Tras haber renunciado a combatir a la flota turca que se hallaba al fondo de la bahía de Arta, a resguardo de la artillería



Túnez era la plaza estratégica para el control del Mediterráneo central.
(Imagen facilitada por el autor)

(1) Las galeotas y las fustas eran embarcaciones a remo semejantes a las galeras, solo que de menor porte y número de remos.

de los fuertes de su acceso, el almirante genovés continuó navegando hacia el sur con intención de tomar los fuertes de Lepanto.

El día 27, Keir-Eddin salió en persecución de la flota cristiana con la idea de atacar si la situación le era favorable, algo que ocurriría en la mañana del día 28 de septiembre frente a Préveza (situada un poco al norte de Lepanto) con la llegada de una calma total que inmovilizó los barcos de vela cristianos, situación que aprovecharon los turcos para atacarlos masivamente con sus galeras. La separación entre los grupos de galeras cristianas —algo alejadas por la proa de aquellos— y la descoordinación entre sus mandos impidieron que se llevara a cabo la maniobra ideada por Doria, que probablemente consistiría en envolver a las galeras turcas que rodeaban a las naves cristianas de vela. Al tiempo que acudía en su auxilio, pretendía cogerlas entre dos fuegos y arrinconarlas contra la costa. Algunas de aquellas naves eran grandes galeones, por lo que estaban bien artilladas —el *San Marcos*, por ejemplo, portaba 130 cañones— y todas se defendieron con bravura y no fueron tomadas. Por la noche, la llegada de una tormenta dispersó a ambas flotas. Préveza, más que una derrota, pues solo se perdieron entre siete y trece naves cristianas, fue una ocasión perdida en la que no faltó el cruce de acusaciones mutuas entre los mandos cristianos. El mal ambiente creado entre los firmantes de la Santa Liga tras la batalla de Préveza impidió que la colaboración continuara, y solamente una serie de adversos acontecimientos posteriores, que afectaron por separado a aquellos socios mal avenidos, pudo reavivar el deseo de unirse ante la pujanza de las fuerzas de la Sublime Puerta.

Los hechos que forzaron a España y Venecia a unirse a la Liga Santa de 1571

En el Mediterráneo occidental, España había sufrido en 1560, en la isla de Los Gelves, la mayor derrota del Imperio, con más de 10.000 muertos y 5.000 prisioneros, a la que siguió el fracaso ante Orán, defendido por Hassan-Eddin, hijo de Barbarroja, en 1563. Solo tomaría su revancha en 1565 cuando —tras el ataque otomano a Malta, defendida por Jean Parisot La Valette al frente de los Caballeros de San Juan— España envió en su auxilio a la flota de García de Toledo. Una vez desembarcadas las tropas, causaron a los turcos una derrota total, equivalente a aquella de Los Gelves, con más de 30.000 muertos.

Tres años después, estalló la rebelión de los moriscos en Las Alpujarras, a los que desde 1492 —año de la caída del Reino de Granada— no se había conseguido integrar y que seguían conservando su vestimenta, costumbres y religión. La presión religiosa para su conversión, unida al mal momento económico derivado de unos años de malas cosechas, la elevación del precio de los alimentos, la llegada de una epidemia y, sobre todo, el maltrato recibido por los cristianos viejos, fueron las causas de una revuelta que crearía una nueva preocupación al

monarca, agravada por el posible apoyo a estos de los otomanos y sus aliados berberiscos. Por suerte, esta ayuda no pasaría del envío de unos 7.000 argelinos y el bombardeo de alguna ciudad costera catalana por parte de naves turcas basadas en Tolón (Francia). Finalmente, la rebelión, liderada por Aben Humeya, fue sofocada en 1570 por las tropas de los reinos de Granada, dirigidas por el marqués de Mondéjar, y de Murcia, con el marqués del Vasto al frente, mientras que el mando supremo correspondía a don Juan de Austria. Tras la rendición, los 80.000 moriscos de la zona fueron dispersados por los territorios de Castilla, Extremadura y Galicia y el antiguo Reino de Granada fue repoblado con cristianos viejos. En ese año de 1570, Euldj-Alí (Uluj Alí), bey de Argel, tomó la estratégica plaza de Túnez.

Entre tanto, en el Mediterráneo oriental, tras la caída de Trípoli en 1551 la presión otomana contra Venecia se mostraba más fuerte si cabe. En 1566 hubo una campaña de los otomanos contra las ciudades venecianas del Adriático, mientras continuaba su avance terrestre hacia la capital de la Señoría, aunque no pudieron tomar las plazas de Pola, Zara y Fiume, en la costa de Dalmacia.

El 13 de septiembre de 1569, un hecho fortuito cambiaría por completo el panorama. El estallido de una fábrica de pólvora en Venecia provocó un gran incendio que destruyó numerosas casas, así como cuatro galeras del arsenal. La noticia que llegó a Estambul, por medio de los espías, fue que la mayor parte de su flota había quedado destruida. Era una ocasión que no podía desaprovechar el sultán Selim II, quien exigió la entrega de la isla de Chipre. Venecia intentó infructuosamente negociar ofreciendo un tributo económico pero, al no entregar la isla, la amenaza se cumplió. El 27 de julio de 1570, la flota de 250 naves del almirante Pialí Pachá desembarcó en Lánarca un ejército de 60.000 hombres. El 7 de septiembre, Nicosia, la capital, en el centro de la isla, se rindió ante el invasor, que ya sumaba 100.000 hombres,



Tumba de San Pío V en la Capilla Sixtina de la Basílica de Santa María la Mayor en Roma.
(Foto: RGM)

quienes dieron muerte a 20.000 de sus habitantes. De allí los otomanos pasaron a sitiar Famagusta, situada en la costa oriental, que estaba defendida por 8.500 venecianos y 145 cañones bajo el mando de Marco Antonio Bragadin. El cerco se prolongó, y en la primavera siguiente los turcos realizaron un intenso bombardeo de las murallas. Finalmente, el 1 de agosto de 1571, la plaza se rindió. Como represalia por la defensa que había forzado a los turcos a sostener un sitio durante un año, todos sus defensores fueron muertos y los jefes cristianos cruelmente torturados. En socorro de la isla fue enviada una flota bajo el mando de Andrea Doria y el veneciano Girolamo Zane, que llegaría tarde, por lo que tuvo que darse la vuelta. En el regreso, se perdieron 21 de sus naves en un temporal. Mientras todo esto ocurría en Chipre, la poderosa flota del almirante turco Pialí Pachá, con 196 naves, a las que luego se unirían 30 galeras de Uluj Alí, realizaba el saqueo de Creta y Corfú, posesiones de Venecia.

Ante la alarmante noticia de la caída de Nicosia (Chipre) en septiembre de 1570, Venecia recurrió al papa para que convocase una nueva Liga cristiana. Pío V convenció a Felipe II para que se sumara, pero el acuerdo se retrasaría por la dilación de Venecia, que mientras negociaba en secreto con los turcos. Para ello envió a su embajador Ragazoni para entrevistarse con el gran visir Mehmet Sokollu en Estambul. El acuerdo se firmaría el 20 de mayo de 1571, cuando Venecia ya había dado por perdida la posibilidad de un pacto.

La Liga Santa actuaría contra Selim II y sus Estados vasallos de Trípoli, Túnez y Argel, y tendría una duración de 12 años y disponía que su coste fuera financiado así: tres partes por España, dos por Venecia y una por el papado. Esta vez, la Liga conseguiría en Lepanto el triunfo que se les había escapado en Préveza en 1538, treinta y tres años antes.

BIBLIOGRAFÍA

- KINDER, Hermann; HILGEMANN, Werner: *Atlas Histórico Mundial*. Editorial Istmo. Madrid, 1979.
 MARQUÉS DE LOZOYA y VV. AA.: *El Imperio de Carlos V y las primeras conquistas de América*. Editorial Salvat, 1998.
 — *Nuevas conquistas y reino de Felipe II*. Editorial Salvat, 1998.
 KOENING, W., y MAYER, S. L.: *Grandes batallas navales*. Editorial Marín. Barcelona, 1977.